

Signo de contradicción

En la madrugada del miércoles, día 23 de julio, después de una larga, muy larga y penosa enfermedad, falleció en Barcelona Alfonso Carlos Comín, diputado en el Parlamento catalán, miembro del Comité Central del PSUC y del PCE, destacado líder del movimiento Cristianos por el Socialismo (CPS) y, en frase de Gregorio López Raimundo «un cristiano de convicciones profundas al mismo tiempo que un revolucionario apasionado». El profesor Aranguren nos recuerda en «El País» «la palabra cálida y persuasiva, con cierto acento carismático y gran encanto personal» de su amigo Alfonso y, repasando la asistencia a los foros del hecho religioso celebrados en Madrid, a los que éste nunca faltó, escribe: «Parecerá elogio exagerado, como de tributo que situacionalmente se rinde a la hora de la muerte, mi declaración aquí de que a Alfonso le veía y sentía yo como el más creyente de todos?».

Alfonso Carlos Comín era en un sentido muy preciso, para cuantos le conocían y trataban, «el hombre que tenía que morir». Y no obstante, cuando ha sucedido fatalmente lo que tenía que suceder, ha sido para sus amigos como «un hazcho a la raíz». De nuevo —como escribía él mismo a la muerte de su madre— «el interrogante de la muerte planeando sobre todo discurso final, asolando la conciencia y llamando a la más profunda rebeldía interior».

En pie de igualdad ante su muerte —ante la muerte—, cristianos y marxistas, agnósticos, creyentes y no creyentes, compañeros en la lucha y en el partido han acudido a la cita para entregar su cuerpo a la tierra y recoger la preciosa herencia y la cosecha de Alfonso que deberá pasar al granero de la memoria colectiva, y subversiva, de cuantos han optado solidariamente por la vida y por la esperanza contra toda esperanza. Me figuro que en el cementerio de Castellercol, donde ha sido inhumado, el silencio de unos, de los agnósticos o ateos: «un minuto de silencio, compañeros», y la oración de los hermanos en la fe: «oremos, hermanos», se habrán interpelado una vez más mutuamente. De ser así se habrá salvado la herencia de un hombre que quiso ser al mismo tiempo «cristiano en el Partido y comunista en la Iglesia», y sus amigos habrán recibido en buena tierra la contradicción y la esperanza de Alfonso, porque donde hay una contradicción auténtica y auténticamente asumida germina siempre una esperanza. En la interpelación mutua salta la pregunta que nos envuelve a todos, que nos hermana y nos hace solidarios, compañeros radicalmente unidos en el «homo absconditus», y en la lucha, y en los dolores de parto del reino de la libertad en este reino de la necesidad, para que se manifieste lo que somos, para que el hombre se reconcilie con el hombre y con la naturaleza. Esta pregunta, que nadie puede echarse a la espalda sin traicionarse a sí mismo y a los demás, es la única que derriba los muros del dogmatismo y del inmovilismo que frena la esperanza.

En enero de 1977, Alfonso publicaba un artículo en «Te-

moignage Chétien» con el título **Después del referéndum, la represión**, que le valdría la condena a un año y cuatro meses de cárcel por propaganda ilegal. Cuando en el juicio el presidente del tribunal le preguntó si deseaba añadir algo, Alfonso contestó: «Teniendo en cuenta que se juzga la intencionalidad con que yo escribí el artículo, creo que debo manifestar cuál ha sido y es la intención que me mueve en toda mi tarea intelectual (...). Una frase de Van der Meersch, leída hace tiempo, marcó mi concepción de la tarea intelectual, una frase que dice así: «La verdad, Pilatos, es ésta: ponerse del lado de los humildes y los que sufren». Esta frase me ayudó a comprender que la verdad exige tomar partido por los pobres...».

En su libro **España, ¿país de misión?**, Alfonso comenta la incidencia que tuvo dicha frase, «en sí misma ambigua», en su itinerario cristiano, porque la fe, aunque es una gracia en la que «uno se halla existiendo», es también un itinerario, es decir, «algo dinámico, evolutivo, en desarrollo». Y es en la descripción de este itinerario (**Fe en la tierra**, tan personal y sin embargo paradigma de otros muchos cristiano-marxistas, donde dice de nuevo que la frase de Van der Meersch fue como «un pivote que haría girar la reformulación de su creencia»). En efecto, a partir de ahí conectaría con la famosa tesis de Carlos Marx: «Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversos modos; los que hay que hacer es transformarlo».

La fe y las obras, o la teoría y la praxis

Este nuevo concepto de verdad, la que se hace y no se posee, la que se expresa en los hechos —«expresivo es el compromiso, las palabras, son sólo alusiones»—, la verdad que no basta pronunciar o confesar o recitar en un credo, le traería al recuerdo, le devolvería al corazón y a la voluntad lo que tantas veces le habían dicho en casa y en el colegio: «No hay fe sin obras».

¿Pero de qué obras se trata? No, desde luego, de las prácticas de piedad que se realizan en el templo, donde la Palabra ha sido puesta bajo el celémín, tampoco las obras de caridad que sirven de pretexto a la injusticia. Se trata de la caridad política. Porque «la fe se manifiesta en el amor, y la mayor expresión del amor en el siglo XX es la política». Porque el prójimo son las masas. Porque no hay otro espacio donde hacer la verdad que el espacio público en el «continente de la historia», donde se da la lucha de clases y las masas construyen la verdad «como si Dios no existiera». Precisamente en esta obra «secular», en esta utopía alcanzable, es donde la fe ha de jugar el papel de la firmeza, del «valor inalienable», de la «confirmación» del nombre de quienes dicen poseerla. La trascendencia de la Palabra, del Evangelio, no se descubre sin la mediación de la política. No que los cristianos tengan que hacer su política cristiana, porque «combatir al capitalismo supone utilizar la práctica y la teoría que hoy utilizan las ma-

sas para ello». Pero han de demostrar que es posible contribuir cristianamente a la misma obra «secular».

Todo esto supone, claro está, que los cristianos, como un colectivo, demuestren que su fe «no constituye una contradicción antagónica en el seno del pueblo». Bien es cierto, y aquí no valen paliativos, que «los cristianos venimos de una familia de traidores. Pues traidor es el que abandona al que dice pertenecer», y la Iglesia ha dicho muchas veces que es de los pobres. Sin embargo, recientes experiencias históricas, sobre todo en Latinoamérica, demuestran que «la fe expresada en la línea de la teología de la liberación está cumpliendo, entre otras finalidades, la de catalizador de auténticos fermentos revolucionarios». Por lo tanto, hay que reconocer hoy que la lucha de clases pasa también por medio de la Iglesia.

Este modo de vivir la fe haciendo la verdad en la historia es «buscar la penetración de la creencia en la práctica», porque no hay fe sin obras, y la verdad se hace cuando se hace.

Cristianos por el socialismo

«Yo, cristiano-marxista, nacido bajo el franquismo...». Así comenzaba Alfonso Carlos Comín el primer capítulo de un libro antidogmático que lleva por título **Porque soy marxista y otras confesiones**. En él reclama vigorosamente un lugar al sol para los que han hecho la opción de permanecer leales al pueblo y al Evangelio, esto es,



una carta de ciudadanía en la Iglesia y en el Partido.

Los Cristianos por el Socialismo no se resignan a ser tratados como heterodoxos en la Iglesia y en los Partidos de izquierda, tampoco como «tránsfugas exóticos» de una a otra parte. Mantiene la tensión y la contradicción de ser a un mismo tiempo marxistas y cristianos, socialistas y cristianos, comunistas y cristianos. Es por ello que hombres como Alfonso Carlos Comín son un signo de contradicción en las iglesias institucionalmente vinculadas a las fuerzas del capitalismo, como lo son también en los Partidos cuando éstos no abandonan su confesionalidad atea. Pero son, cada vez más, un signo de esperanza.

Mucho ha contribuido Alfonso Carlos Comín a que el PCE y el PSUC reconocieran su carácter laico y admitieran como militantes a los cristianos «con su fe». Antoni Gutiérrez, Secretario General del PSUC, lo acaba de reconocer con estas palabras: «Ha sido un estimulante que ha abierto nuevas líneas de reflexión y de debate en el tema concreto de la militancia cristiana en el Partido».

La presencia de militantes de origen cristiano en partidos de izquierda es de sobra conocida por todos. Baste recordar que según una investigación sociológica realizada en Aragón, en las elecciones de Marzo del 79, el 66 por ciento de los candidatos de izquierdas provenían de medios cristianos y organizaciones de la Iglesia. Más difícil es constatar cuántos de éstos permanecen en la fe cristiana, cuántos mantienen la contradicción. Existe como un cierto pudor que impide verificar estos datos. Lo que sí sabemos, por otra parte, es que la gran mayoría de los cristianos de izquierdas prefieren actuar en la base, al margen de los Partidos y en menor medida al margen de los sindicatos. Para unos y otros el testimonio claro de este hombre, la actitud de Alfonso Carlos Comín, debería plantear serios interrogantes. El no conoció el encanto, ni el desencanto, ni el reencantamiento. Mantuvo con realismo sus señas de identidad, mantuvo la contradicción, puso en pie nuestra esperanza.

José Bada